

Escuadra de Flandes.—Almirante Real, 70 piezas, 700 hombres; San Carlos, 70, 700; San Pedro Alcántara, 66, 600; San Gerónimo, 60, 600; D. Juan de Austria, 52, 500; Santo Domingo, 52, 500; San Carlos, 52, 500; El Sacramento, 36, 250.—Total, 8 navíos de guerra con 458 piezas de artillería y 4.350 hombres.

Naos de flota.—Capitana, 56 piezas, 12 pedreros; Almiranta, 48, 20; Garay, 60, 32; Aguirre, 50; La Bárbara, 60; Leña, 44; La Urca, 58; Blanco, 46; y Patache de flota, 38.—Total, 9 navíos de flota con 452 piezas de artillería.

Habia además 6 navíos de fuego y 80 barcos luengos con 40 hombres cada uno.

En junto 1,496 piezas de artillería, y 13.150 hombres.

No se cuentan entre estos los tripulantes de las naos de flota, por no ser número fijo sino eventual.



CAPÍTULO XXX.

Proclama del general O'Donnell á los habitantes de Bencemelam.—Escursion al santuario de Kitta.—El Emperador marroquí predica la guerra santa.—Entusiasmo de los Santones del Imperio.—Unéanse algunas fuerzas del Serrallo al grueso del ejército.—Disidencias en el campo de los moros.—Brillante inauguración del segundo período de la campaña.—Muerte de Hassen, general africano.—El traidor Carranque.—Juicios y apreciaciones del periódico de Gibraltar.

Para contener los excesos y depredaciones de los moros que desde la toma de Tetuan por nuestro ejército habian ido á guarecerse en las quebraduras de la Sierra que se levanta en las cercanías de la plaza, el general O'Donnell dirigió á los *scherriffs* de aquellas tribus la siguiente proclama:

A los habitantes de las tiendas y duares Bencemelam.

«Vosotros haceis fuego á la tropa que os he mandado para proporcionarnos el bien y la paz. El general en jefe enviará tropa para quemar y destruir vuestras casas y hogares, si mañana á las diez no llegais ó mandais una comision compuesta de vuestros jefes, para arreglar con ellos la seguridad y la tranquilidad del pais y sus habitantes, quedándose algunos de la comision en mi poder como garantia.

«Repito que mandaré soldados que arruinen y destruyan todo cuanto encuentren á su paso, sin respetar los campos y plantas vegetales.

«Ya sabeis que la nacion española en todas partes quiere y ama la humanidad y sus semejantes. Conservará cada uno sus bienes y hacienda, si son gentes de bien y de paz. A los malhechores y malvados se les impondrá el castigo á que se hagan acreedores. Aviso á todos los habitantes de

las cercanías, que continen viniendo á sus mercados para la compra y venta de sus frutas y mercancías.

Tetuan 28 de Febrero de 1860.--El general en jefe, Leopoldo O'Donnell.

Desgraciadamente esta proclama no produjo ningun efecto saludable pues los moros teniendo un exacto conocimiento de la naturaleza y condiciones del pais, están en continuo acecho para lanzarse sobre nuestros infelices soldados que á poca distancia que se separen de sus cuerpos son inhumanamente sacrificados.

La vecindad de las kábilas que habitan las cumbres y valles del pequeño Atlas, próximas á Tetuan, cuyos elevados picachos coronados de nieve se pierden en el espacio sombríos y amenazadores, es para nuestros soldados un riesgo constante y una dificultad permanente. No es tan facil como se cree someter á aquellas tribus que desde tiempos remotos favorecidas por la escabrosidad de sus montes escarpados, están acostumbrados á no sufrir humano yugo; es preciso esterminarlas, perseguirlas á sangre y fuego, de aduar en aduar, de peña en peña, de madriguera en madriguera, como se persigue á los lobos y á los chacales. Y para conseguir este sangriento resultado, es preciso mantener una lucha de gigantes, como la de los rusos en el Cáucaso, no contra los hombres que serian nuestros enemigos menos peligrosos, sino contra la naturaleza. Nuestro dominio en Africa, se circunscribe solo al terreno que pisan nuestras tropas, y aun eso no sin peligro. En todos los ánimos reina la desconfianza, y el soldado á pesar de su atrevida condicion, teme alejarse de su tienda apenas el sol oculta sus postreros rayos.

Puede decirse que no pasa dia sin que los moros hagan alguna de las suyas. Corriéndose por entre los encañados que cercan las huertas ó atravesando el rio por los distintos vados que tiene, se aproximan á nuestro campamento y asesinan á infelices soldados á la entrada de sus mismas tiendas. A principios de marzo mataron á dos pertenecientes al tercer cuerpo, é hirieron á otro, sin que fuera posible encontrar á los agresores, que se escurrieron como culebras por entre las asperezas del terreno hasta hallar abrigo en sus inaccesibles montañas.

El general Rios dando cumplimiento á las órdenes que le habian sido comunicadas por el cuartel general, salió el 5 de marzo de Tetuan con objeto de practicar un reconocimiento sobre Kitta á fin de cerciorarse de las posiciones que los moros kábilas ocupaban en la derecha del Guad-el-Jelú, con el intento, si posible era, de hacer bajar de sus guaridas á los que parecian menos agresivos y tenaces.

Acompañaban al general, el brigadier Leza, el coronel de Estado mayor Puente, sus ayudantes de campo, el alcalde de la plaza Al-Hache-Hamet-Abet, con otros moros de distincion, todos montados en magníficas mulas. Además marchaban delante otros muchos de Tetuan á pié, y dos moros de los montañeses como comisarios de paz. La escolta de húsares, á las órdenes del general Rios, y tres compañías de cazadores de Tarifa, eran la única fuerza que tomó parte en esa escursion.

Salieron por la puerta de la Reina, y siguiendo por la ruta trazada por los guías, se dirigieron via recta al Guad-el-Jelú, que atravesaron por un vado. Durante algun tiempo costearon el rio que es ancho y limitado por barrancas gredosas, sobre las que se ven suspendidas muchas higueras bravias, algarrobos y lentiscos. Despues se internaron por una serie de callejones complicados y estrechos, formados por las cercas de las huertas y heredades que llenan la rica y estensa vega con sus hermosas plantas. Véense allí al lado de altos naranjos, cuyas ramas se desgajan bajo el peso del dorado fruto, almendros enanos cubiertos de blancas flores.

Despues de algunas vueltas y de haber atravesado el Guad-agras, llegaron á una pesesion magnífica mucho mas grande que todas las que habian recorrido. Una vez franqueada la puerta sostenida por robustos pilares de mamposteria, atravesaron un largo sendero flanqueado por haces de cañas fuertemente amarradas que sostienen el techo construido de lo mismo. Las vides cubren esta especie de enrejado, cerrando el paso á los rayos del sol en los calurosos dias del estío.

Llegados á la casa, apearonse de los caballos para dirigirse á ella. Súbese al citado edificio por una rampa de menudas piedras, que tiene en ambos lados anchos arriates con rosales y romeros marchitos por las heladas. El edificio es grande con varios patios y estanques profundos en ellos; pero parte se halla en ruina. Masas enormes de verdura se han posesionado de los terrados. La yedra se ha adherido á las columnas, desde allí ha subido á los arcos introduciéndose por los agimeces y ojivas, ha desmoronado los muros, atravesándolos con hondas grietas.

El cuadro que ofrece aquel edificio es tan pintorescamente triste, como bellamente sombrío.

Los caballos quedaron en manos de los ordenanzas en el patio principal. El señor general Rios dispuso que la tropa se situase convenientemente, y una vez tomadas las precauciones necesarias

salieron los oficiales fuera del recinto por la parte que da al monte.

A doscientos metros se veían el santuario y kabila de Kitta, que da nombre á toda la comarca. Tan pronto como los árabes vieron á nuestros soldados, empezaron á subir á las alturas, á reunirse en grupos y á agazaparse tras de las breñas, con el objeto de espiar sus movimientos. A unos cien metros se distinguía perfectamente á diez marroquíes, envueltos en sus gilabas con sus largas espingardas sostenidas verticalmente entre las piernas. El alcalde por orden del general envió dos emisarios anunciando que iban de paz: que bajaran y que no tuvieran temor de ningún género.

Mientras tanto, algunos oficiales se internaron por las arboledas con dirección á Kitta. El terreno era cada vez más intrasitable, pues está atravesado por zanjas profundas y multiplicados vallados.

De repente oyeron un murmullo de voces muy cercano; colocados en una pequeña eminencia y ocultos tras un matorral, pudieron ver á una multitud de rifeños reunidos delante de la mezquita de Kitta, deliberando seguramente sobre el partido que debían tomar.

Pocos momentos después entraron en sus chozas de donde salieron con sus mujeres, ropas y efectos, encaminándose apresuradamente hacia la cúspide de una sierra allí inmediata. En esto habían llegado nuestros emisarios. Larga y animada fué la discusión, pero ineficaces cuantas razones les dieron para inspirarles confianza puesto que regresaron solos. Así fué en efecto.

Los moros contestaron que ellos querían la paz, que los que atacaban y robaban á nuestros soldados era una turba de bandidos procedente de la kabila de Guad-agras que andaba merodeando por las cercanías: que respecto á venir á la ciudad lo harían tan pronto como Muley-Abbas se retirase del Fondak, pues temían los castigos si aceptaban la amistad de los cristianos.

Los emisarios les hicieron muchas observaciones; pero ellos persistieron en su primitivo intento. Quejaronse amargamente de la conducta de la kabila de Beni-Hassem situada á medio día de camino de Kitta, la que constantemente, dicen, los molesta con agresiones de todo género: el general dispuso saliesen dos moros en aquella dirección con el fin de anunciar á su jefe los castigos que se propone ejecutar con ellos sino mudan de conducta y vienen á prestar obediencia.

Al caer la tarde regresaron las fuerzas á Tetuan sin que los moros las hostilizaran. Una compañía cubrió la retirada hasta repasar el Guad-el-Jelú para evitar cualquier sorpresa.

Las noticias recibidas del interior de Marruecos confirman el estado de anarquía en que se encuentra el Imperio después de la serie no interrumpida de desastres y enormes pérdidas sufridas por su ejército en la presente lucha. La mal contenida rebelión del hermano del Emperador ha vuelto á levantar la cabeza. La ciudad de Fez ha visto ensangrentarse sus calles en la lucha civil que los partidos antagonistas han librado en ellas hace pocos días. Las kabilas sacando partido del desorden general, amenazan á los moros atacando sus rebaños y caseríos. Los hombres sensatos, que no dejan de abundar en Marruecos, aconsejan al soberano haga la paz con España reteniéndole en la corte que deseaba abandonar para ponerse al frente de su ejército.

Como desde luego se comprende, un estado de cosas semejante ha de producir para ellos resultados deplorables. Nuestros enemigos así lo estiman, y de aquí el que vuelvan á presentarse á hacer el último esfuerzo ó suscribir la paz que tanto les importa obtener. Muley-Abbas, por su parte, lucha entre encontrados sentimientos, hasta el punto de seguir una línea de conducta vacilante y tortuosa. El descontento que en su campamento se advierte es muy grande; los alimentos escasean y algunas kabilas huían á beneficio de las tinieblas. Sus tropas pasaban días enteros sin comer pan, teniendo que recurrir lo mismo el subordinado que el jefe á la *yerna* considerándose dichosos los que podían procurarse algunas bellotas.

El Emperador marroquí deseando alentar las decaídas fuerzas de sus tropas por efecto de los repetidos desastres que habían sufrido, llamó á las armas á sus súbditos por medio de la entusiasta y belicosa proclama que traducida fielmente á nuestro idioma dice así:

A vosotros de la tribu de los Beni-fassen, los años de prueba han legado para los hijos de Islam. Alah nos envió azote y guerra. Esta guerra es santa, pues es contra los viles incrédulos. Ellos han desembarcado por el lado del gran río salado (el Océano), y vienen cegados por el orgullo, con el propósito de conquistar nuestros aduares y robar los tesoros de nuestro amado Sultan. Pero Alah (exaltemos y alabemos su santo nombre) castigará su soberbia.

Venid, pues á la guerra; oh creyentes! en cambio, si morís, vereis el paraíso. Bien lo sabeis: vuestro santo profeta lo dice (23 13 del Santo escrito.) Si llegais á combatir con los infieles sereis ayudados por Dios, y

Dios (que su nombre sea exaltado) los confundirá. No tardeis. Vosotros reconocéis un solo Dios y su santo profeta os guarda. Esta carta es para vosotros creyentes, que vivís en vuestras kábilas, en vuestros oasis y en vuestros aduares al otro lado de los montes.

En el sobre dice: «A los habitantes de la otra parte de las montañas.»

Por su parte, los *Moulain*, los *Marabouts* y los *Derwichs*, estos, los sacerdotes, los hermitaños y los peregrinos de Marruecos, están predicando con mas fervor que nunca la guerra santa contra nosotros. Algunas nuevas kabilas del interior que no han conocido todavia el temple de nuestras armas, se han incorporado á los restos del ejército de Muley-Abbas. Este, con sus tropas, consistentes principalmente en caballería, se encuentra mas allá del Fondak, en el punto que se juntan los caminos de Tánger y de Fez al principio de las dos leguas de mal camino que hay que atravesar para llegar á la primera poblacion. Estas dos leguas son montuosas, derivaciones de Sierra Bullones y comienzo del pequeño Atlas donde se estaba fortificando el califa en los puntos estratégicos que habia escogido.

A las cuatro de la mañana del 5 de marzo, se levantaron las tiendas de ocho batallones del primer cuerpo situado en el Serrallo, destinados para unirse al grueso del ejército junto con la artillería de montaña é ingenieros. Partieron estos á las cinco y media: al paso de los cuerpos afortunados salian sus compañeros que se quedaban, á despedirlos, viéndolos partir con envidia abrazándose los que habian combatido juntos en los dias 20, 22, 24, 25 y 30 de Noviembre, y el 15 y 20 de Diciembre.

La marcha fué tomada partiendo por la izquierda del reducto de Tetuan. Mandaba la vanguardia el valiente brigadier Caballero, que con su brillante regimiento marchaba á la cabeza: seguia á este cuerpo la artillería de montaña mandada por el entendido coronel Mas; detrás un escuadron del 18 de caballería, y luego los magníficos y bizarros batallones de Granada, Madrid, Cataluña y Alcántara.

La celeridad del paso fué bastante, los descansos escasos, pero á pesar de esto hubo orden en los cuerpos y ninguno quedó en zaga; todos rivalizaron en sufrimiento y llegaron temprano á tres cuartos de legua del Monte Negrón, donde acamparon á las tres de la tarde, habiendo atravesado un arenal muy penoso donde algunas acémilas sucumbieron; pero el hombre, el soldado, que tiene mas fuerza moral que física no se aspeó siquiera á pesar de

llevar sobre sí raciones para ocho dias. En el camino, pasados los Castillejos habia 95 vacas pastando, dos moros las cuidaban y huyeron estos abandonando el ganado que se respetó sin causar en él el menor daño: allí quedaron las reses y allí las hallarian sus guardadores.

Apenas se llegó al campo se estableció el servicio de noche, y el 6 á las cuatro de la mañana se emprendió la marcha para Tetuan: antes de llegar al Monte Negrón hay un arenal inmenso de tres cuartos de legua y luego una subida poco pendiente, pero de una estension de media legua; allí se hallaron las avanzadas de Borbon con siete moros que huyeron: dos guardias civiles los persiguieron y prendieron á uno de dos que iban juntos: este se rindió con facilidad; pero su compañero que era un muchacho de 13 años, quitó la espingarda al rendido, y como le siguiese un guardia, se encaró con él y le hubiese muerto si este no se hubiera lanzado sobre el moro, y quitándole las dos espingardas y dos gumias vinieron ambos con nuestros soldados en calidad de prisioneros.

Esta division prosiguió su marcha hallándose frente á la Aduana con un escuadron de Coraceros de Borbon que la acompañó. A media legua de Tetuan salió á recibirla el general en jefe que preguntó á las guerrillas:—¿Que tal muchachos?—Bien, mi general, contestaron estos, y al poco tiempo entraban en la plaza no deteniéndose hasta acampar á media legua de ella á vanguardia de todo el ejército.

En vista de los sucesos que han tenido lugar ultimamente, no es posible dudar de que entre los marroquies ha surgido una diferencia de opiniones en lo que concierne á la conveniencia de continuar ó no continuar la guerra. Generalmente los que en diversas ocasiones han tenido que experimentar los efectos del arrojío de nuestros soldados y de la pericia de los generales; los que una y otra vez se han visto derrotados sin haber obtenido la mas pequeña ventaja en cuantos encuentros han provocado con nuestras tropas, se han llegado á convencer de su impotencia para resistir y aconsejan que se ceda ante un destino inevitable y se haga la paz antes de verse obligados á recibirla con condiciones mas duras que las presentadas al principio por el general en jefe. Por el contrario, los que no han visto de cerca nuestro ejército, los que viviendo en el interior no han oido sino las proezas que de sí mismos contaban los fugitivos, habian creído posible y aun fácil vencer á los españoles. Así mientras Muley-Abbas acampa-

ba con su gente en el Fondak sin atreverse á empeñar ni la mas pequeña escaramuza, un nuevo gefe procedente de Mequinez, con tropas frescas y kabilas que no se habian ofrecido aun por blanco de nuestras bayonetas, cayeron el 11 sobre los campamentos con el proyecto nada menos que de tomar á Tetuan y con el juramento y la esperanza de conseguirlo. Los partidarios de la guerra querian convencerse por sí propios de si los españoles eran invencibles. Dicen las cartas que hemos recibido del campamento de Tetuan que los moros en la accion del 11 presentaron mejor orden en sus ataques y se conocia que eran dirigidos por una inteligencia militar mas hábil que en los encuentros anteriores. Sin embargo, acometieron como siempre en figura de media luna, tratando de atraer nuestros soldados hácia el centro del semicírculo. Una marcha de flanco destruyó su combinacion y cortó á muchos la retirada, dejándoles solo la salida de unas lagunas en que metidos hasta el pecho hubieron de sufrir los certeros disparos de la artilleria. La dispersion fué entonces general; la mortandad considerable, y dejaron en nuestro poder mayor número de prisioneros que otras veces. El jefe que, procedente de Mequinez habia prometido morir ó recobrar á Tetuan, cumplió su palabra muriendo despues de haber peleado como un valiente. Las kabilas que se hallaban tambien juramentadas para recobrar la ciudad perdida, tuvieron ocasion de convencerse de la imposibilidad de tamaña empresa, y se dispersaron con la misma lijereza con que se habian reunido. Solo Muley-Abbas con los suyos quedó en el Fondak y envió al dia siguiente á decir al general O'Donnell, que contra sus consejos se le habia atacado y que deseaba la paz mas ardentemente que nunca.

Las kabilas, escarmentadas tan duramente el 11, es probable que se encuentren ya mas inclinadas á la paz: ¿pero no habrá otras que no habiendo probado los horrores y descalabros de la guerra quieran experimentar por sí propias el valor de nuestros soldados? Mientras no sepamos la naturaleza de las negociaciones que con Muley-Abbas se siguen, no podemos lisonjearnos con esta esperanza. Ya hemos visto que á pesar de su opinion, el partido de la guerra ha logrado reunir de 15, 20.000 hombres para la loca intentona de recobrar á Tetuan. Las disposiciones pacificas de Muley-Abbas no son pues, una garantia suficiente de que prevalecerá su opinion y de que nuevas kabilas no obligarán á nuestro ejército á repetirles una vez mas las lecciones que tiene dadas á otras.

De aquí dos necesidades que hay que llenar indispensablemente y que el general en jefe no descuida ni ha descuidado un instante: la de fortificar perfectamente á Tetuan antes de emprender su movimiento sobre el Fondak dejando en ella una imponente guarnicion; y la de saber cual de los partidos, el de la paz ó el de la guerra, prevalece hoy en el ánimo del Emperador.

En vano seria que su califa quisiera hacer las paces si el Emperador por otro lado hacia partir de su misma capital tropas espresamente destinadas á llevar adelante las hostilidades. Mas diremos: en vano seria que el Sultan y Muley-Abbas resolvieran de comun acuerdo poner fin á la guerra si contra sus órdenes se podia reunir un ejército como el últimamente derrotado y hacerle caer sobre los españoles en ocasion oportuna.

Por eso sabida ya la intencion pacifica de Muley-Abbas es preciso conocer tambien la estension de sus facultades, ó lo que es lo mismo la intencion del Emperador; y sabida la opinion del Emperador, todavia conviene conocer la estension de su poder para evitar conflictos. Todo esto justifica plenamente la reserva del general O'Donnell y su declaracion de que no suspenderá las hostilidades, á pesar de las negociaciones, mientras estas no den un resultado definitivo. El tiempo se presenta favorable y no dudamos que el general en jefe sabrá aprovecharlo con la decision y golpe de vista que le distinguen.

El dia 11 de marzo, se inauguró con el brillante éxito que era de esperar del denuedo é intrepidez de nuestros soldados, el segundo período de la campaña provocado por la increíble audacia y temeridad del enemigo.

A las diez y media salió del campamento con todo su estado mayor el general en jefe dirigiéndose á Tetuan con objeto de oír misa como dia festivo. Antes de concluirse este religioso acto, fué un ayudante de órdenes á decir al general que se oian tiros en direccion al campamento del general Echague que era el cuerpo de ejército mas avanzado en la prolongacion del camino de Tánger.

Concluida la misa, monta á caballo el general en jefe y se dirige al sitio del combate. Estaban solo empeñadas en el fuego las fuerzas del primer cuerpo. Se hace cargo el general en jefe de la situacion del enemigo y su número, y acto continuo dispuso reforzar aquellas fuerzas con el segundo cuerpo. En cuanto al tercero, ordenó que las tropas estuvieran sobre las armas sin salir de su campamento, y respecto al cuerpo de reserva dispuso que